

era desafiar á Urquiza hasta en su propia casa, por decirlo así. Este general marchó, pues, contra ellos y los arrojó hasta su territorio.

Desde allí en adelante no hubo ya entre Urquiza, representante de los intereses de la Confederación Argentina, que aspiraba á unificar su inmenso territorio, y los propósitos egoístas de Buenos-Aires, que soñaba con un orgulloso aislamiento para su población de ciento veinte mil almas, sino una serie de luchas más ó menos declaradas, seguidas de concesiones siempre forzosas y poco sinceras por parte de los buenos-aireses, y siempre espontáneas por parte de Urquiza, que en todas las ocasiones se mostró animado del deseo de evitar á la antigua metrópoli del Plata los desastres de la guerra.

Hé aquí en qué términos trazaba en 1857 el retrato de este hombre notable, el comandante Page, encargado por los Estados-Unidos de una misión diplomática en el Plata:

«Urquiza, en la época en que le ví, parecía aún joven; su tez es morena, su estatura mediana; y, perfectamente formado, presenta todas las esteriores de una naturaleza enérgica y vigorosa. Su cabeza se distingue por sus bien delineados contornos, y su rostro, por sus pronunciadas facciones. Su aspecto revela el talento, pero un talento que se domina á sí mismo, al paso que en sus bien rasgados ojos brilla una mirada penetrante. Su boca pequeña tiene cierta expresión de bondad. Su cabeza no es la de un aventurero, sino la de un hombre de Estado y de un héroe, y en ella se refleja un carácter poco común de fuerza, calma y autoridad. Para inspirar respeto, Urquiza no recurre á ningún género de charlatanismo, ni parodia papeles ajenos. Su noble presencia, su tranquilo continente, la dignidad de sus modales, su paso determinado, su palabra firme y mesurada revelan un alma altiva y leal, un entendimiento despejado y un juicio seguro. Involuntariamente se conoce la influencia que ejerce sobre todos los que le rodean; y se experimenta tanto más placer al encontrar en él las raras cualidades de que está dotado, cuanto que nadie ignora que se lo debe todo á sí mismo, así su educación como su elevado puesto.»

Ahora bastarán algunas palabras para hacer comprender cómo ó por qué mi libertad se enlazó fortuitamente con los profundos cálculos de la política de este hombre de Estado.

Una nueva revuelta á mano armada en Buenos-Aires obligó una vez más á Urquiza en 1859 á buscar la solución de tantos conflictos en los campos de batalla.

Los indios, que con su instinto de animales carnívoros presentían que las discordias políticas de los argentinos podían proporcionarles algunas oca-

siones favorables para entregarse á la rapiña, hicieron al general muchas promesas de alianza, y no pocas cartas escritas por mí fueron llevadas por algunos miembros de la familia de Calfucura.

El general era un político demasiado sagaz para no dispensar una benévola acogida á aquellos mensajeros salvajes. Dueño de una de las más vastas *estancias* del valle del Paraná, y agrónomo distinguido que se proponía con gran celo hacer estensivos los beneficios de la agricultura á la hermosa parte de tierra confiada á sus cuidados, sabía muy bien hasta qué punto los establecimientos agrícolas de la frontera meridional necesitaban reposo y seguridad, para que no procurase contener por todos los medios posibles las agresivas tendencias de los indios, sus vecinos. Despidió, pues, á los embajadores de Calfucura cargados de presentes de todo género, y con particularidad de barriles de aguardiente; así es que su regreso fue para toda la horda, sin excepción de clases, edades y sexos, la señal de interminables orgías.

Cuando los ví frenéticamente entregados á la embriaguez, concebí el proyecto de intentar de nuevo acercarme á los países desde donde me fuese posible restituirme á mi patria y familia.

Aprovechando una noche en que toda la tribu se hallaba sumida en el sueño letárgico de la embriaguez, me deslicé arrastrándome por el suelo hasta el lugar en que estaban los mejores caballos del cacique, después de haberme armado con un par de bolas destinadas, ya á mi propia defensa, ya á procurarme caza en mi camino. Cogí también un lazo para apoderarme de tres caballos y reunirlos.

Verificados estos preliminares sin el menor ruido, conduje tranquilamente mis caballos hasta que perdí de vista el campo indio. Brincando entonces sobre uno, y luego soltando los otros dos delante de mí, empecé, llena el alma de emoción, mi última carrera, la carrera de que dependía mi vida ó mi muerte. Durante toda la noche troté sin descanso, creyendo sin cesar ver sombras que me perseguían. El día disipó las tinieblas del mundo, mas no la agitación de mi alma, que era tan profunda que el más ligero soplo de aire me parecía resonar con amenazadores gritos, y el más pequeño remolino de polvo me causaba congojas.

Apeábame muchas veces, y aplicando el oído al suelo escuchaba atentamente, esperando hallar un poco de tranquilidad en el silencio de la pampa; pero lejos de allí, los oídos me zumbaban de tal modo que creía escuchar sobre aquel duro suelo siniestros galopes, lo que me obligaba á acelerar de nuevo mi fuga, sin reflexionar sobre las imperiosas necesidades que experimentaba mi caballo, al cual le era imposible recoger, lo mismo que á sus compañe-

ros, algunos puñados de yerba, á la carrera. Seguía hasta donde me era posible las partes del desierto cubiertas de césped, á fin de desorientar á los indios que indudablemente habrían salido en mi persecución, pero que en vano seguirían mi pista en la yerba levantada por el rocío de la mañana.

Cuatro días hacía que duraba esta desenfadada carrera, cuando el caballo que montaba cayó muerto. Temiendo con razón perder también los dos que me quedaban, y de los cuales dependía únicamente mi salvación, tuve la precaución de dejarlos descansar parte de la noche; pero la idea fija que me atormentaba de que era perseguido, me escitaba á mi pesar á estimularlos durante el día; y después de un espacio de tiempo que no me es posible determinar, porque todos los días y todas las horas eran para mí espantosamente iguales, la fatiga y la falta de agua me privaron de otro caballo. Hubiera querido no abandonarlo y esperar á su lado su restablecimiento ó su muerte; pero la impropiencia naturaleza del suelo no ofrecía recurso alguno; y permaneciendo allí, me esponía á perder mi último caballo, que había resistido todas las pruebas.

Proseguí mi camino con el corazón lleno de amargura, decidido á guardar todas las consideraciones posibles mi último compañero de miserias. Obliguéme, por lo tanto, á no exigir de él ningún esfuerzo, y avanzábamos con mucha lentitud cuando al cerrar la noche advertí con placer que aceleraba el paso por sí mismo, pues merced á la frescura del terreno que pisaba, y en virtud del instinto propio de todos los animales de aquellos vastos desiertos, el pobre animal adivinó la proximidad del agua. Pocos momentos después apagábamos nuestra sed común en las lagunas que depositan al norte de la pampa los riachuelos procedentes del pie de los Andes, en las provincias de Mendoza y San Luis. Alrededor de aquellas cuencas, una yerba abundante y espesa permitió á mi pobre caballo reparar sus fuerzas; y gracias á aquella ración inesperada, pudo llevarme hasta Río-Quinto, pequeña aldea situada á orillas del río de este nombre. Allí se dejó caer exánime de fatiga; y yo, completamente estenuado, muerto de hambre y de cansancio físico y moral, caí á su lado sin movimiento y sin voz. ¡Era aquel el día décimo tercero de mi fuga!.. No puedo señalar su fecha; pero era á fines de agosto de 1859.

Dios, que se había dignado protegerme hasta entonces, permitió que una excelente familia española que habitaba en Río-Quinto se compadeciese de mis miserias y me prodigase los más tiernos cuidados durante las cinco ó seis semanas siguientes que pasé víctima de la fiebre y del delirio. Tanta bondad en personas estrañeras, inundó mi pecho de gratitud hácia el buen don José y toda su familia, gratitud

que nunca se borrará de mi memoria; y me consideraría muy feliz si estas humildes líneas pudiesen llevarles este ligero testimonio de mi afecto, al través del Océano.

Cuando mi cuerpo y mi espíritu, abrumados por tres años de trabajos sin nombre, recobraron al fin parte de su antigua fuerza y vigor, los bondadosos habitantes de Río-Quinto me procuraron igualmente los medios necesarios para llegar á Chile y Valparaíso, en cuyo frecuentado puerto me prometía con razón hallar más facilidad que en cualquier otro punto de la costa, para regresar á Europa.

A Valparaíso me trasladé por el camino que pasa por Mendoza, atravesando los Andes en el desfiladero de Uspallata.

El primero de estos nombres, después de haber despertado en mi alma durante mucho tiempo recuerdos de felicidad é ideas de bendición y reconocimiento, evocará tan solo en lo sucesivo lúgubres imágenes y amargas memorias. En Mendoza vivían en la más profunda seguridad veinte mil almas, cuya tranquila existencia podía ser envidiada por el resto del mundo, pues era la población más benévola, la más venturosa y hospitalaria del continente americano. El 19 de marzo de 1861, los poetas argentinos llamaban aun á Mendoza la perla, la reina de la zona florida que se extiende al pie oriental de los Andes... Al día siguiente la muerte pasaba sobre aquel paraíso. Algunos segundos bastaron para convertir sus risueñas casas, sus jardines, sus iglesias y sus colegios, frecuentados por la juventud de las provincias limítrofes, la obra, en fin, de tres siglos, en una espantosa necrópolis, en un montón aterrador de escombros, en un caos de piedras, de tierra, de ladrillos y de maderos destrozados.

Según la opinión de los geólogos, el terremoto que hizo sufrir á Mendoza la misma suerte que á Herculano, y cuya conmoción se propagó por toda la línea que se extiende desde Valparaíso á Buenos-Aires, es decir, á más de 1,800 kilómetros, no fue ocasionado, como el terrible fenómeno del año 70, por la reapertura de un volcán cerrado durante mucho tiempo, sino meramente por la dilatación de una masa de fluidos elásticos procedentes del fuego central, y lanzados por él á las inmensas cavidades de la corteza del globo. Una causa cualquiera los acumuló súbitamente en el punto de reunión de muchos de aquellos pavorosos subterráneos; y como encima de esta bóveda conmovida y destrozada por la presión de dichos fluidos se hallaba Mendoza, esta fue sin duda la causa que determinó su inmensa ruina.

¡Caso extraño! Asegúrase que sobre aquel montón de informes escombros, sobre aquel pavoroso sudario que cubre quince mil víctimas, solo los vegetales salieron incólumes, pues sus flores continuaron pros-

perando y halagando la vista en medio de las emanaciones pestilentes que exhalaba aquella inmensa sepultura. El sauce lloron era el árbol favorito de los mendocianos; se le veía en todas partes entre ellos; era el adorno predilecto de sus jardines, de sus plazas, de sus paseos, y sombreaba los patios de sus hospitalarias habitaciones, siembre abiertas al extranjero; hoy, á semejanza del recuerdo de gratitud que les he consagrado, se inclina y llora sobre los muertos.

El desfiladero de Uspallata reúne los caracteres



Ultima fuga y libertad de M. Guinnard.

sion vértigos cuando está serena, y amenaza con peligros mortales cuando, en ciertos momentos del año y del día, la atraviesa el viento de los ventisqueros. En tales casos, la violencia de la tormenta es tal que derriba las mulas cargadas y destruye los techos y las paredes de ladrillo de las *casuchas* ó casitas en que se refugian los correos durante el invierno. La garganta de Uspallata tiene también sus leyendas de muerte, y las numerosas cruces de madera que siembran su trayecto patentizan hasta cierto punto la sombría realidad que en aquellas se encierra.

Pero debo confesar que cuando la atravesé apenas era más accesible á la admiración de su magestuosa naturaleza, que á los peligros que en tales lugares podía correr. En el fondo de los Andes, como poco antes en Mendoza, como algunos días después en Valparaíso, y también como más tarde en el buque que me trajo á Europa, mi ánimo abatido por tan prolongadas desdichas, era únicamente sensible á dos ideas dominantes: la necesidad de volver á pisar el suelo francés, y una lucha incesante con los recuerdos de mi desastroso cautiverio. A semejanza de Murgon-

mas notables de esas *quebradas* ó gargantas profundas y estrechas que cortan de trecho en trecho el eje de la Cordillera. Allí, unas laderas cortadas á pico é inmensas, no dejan ver entre sus cimas negras y próximas al parecer á desplomarse, sino una estrecha zona del cielo; allí se abren mil abismos espantosos cuya enorme profundidad presente al escuchar el sordo mugido de los torrentes y las cascadas, el viajero que los rodea sobre un estrecho reborde practicado en las moles de peñascos; allí, en fin, se respira una atmósfera enrarecida y fría que oca-

Park, que se escapó de la tiranía de los moros de Sahara, no pude creer durante mucho tiempo que había recobrado mi libertad, siéndome preciso, como á este eminente viajero, «el Océano atravesado, el regreso á la patria y el reposo reparador del hogar materno, para librar mi sueño de las visiones, y mi cerebro de los fantasmas evocados por el odioso recuerdo de los salteadores del desierto.»

A. GUINNARD.

Habiendo regresado á Francia en el mes de enero de 1861, M. Guinnard encontró en la Sociedad de geografía y en su respetable presidente, M. Jomard la benévola acogida que merecían su juventud, su valor y sus largos infortunios. Alentado por el patronato de aquella sabia corporación, se ocupó en ordenar sus recuerdos y apuntes, á fin de ofrecer al público, á la par que una más lata esplanación de la narración que acaba de leerse, y que en cierto modo no es más que el primer bosquejo de su Memoria, un cuadro completo de las regiones salvajes recorridas por él, así como también de las costumbres, la lengua y las tradiciones de sus nómades habitantes.



Recolección del tabaco cerca de Villa-Rica.

FRAGMENTOS DE UN VIAJE AL PARAGUAY,

POR EL DR. A. DEMERSAY.

1844-1847.

Desde París á las orillas del Uruguay.

Habiendo sido encargado en 1844 de una comisión científica en el Paraguay, me fue preciso penetrar en este país por la provincia brasileña de Rio-Grande del Sur, pues la guerra que á la sazón sosteníamos con Rosas me cerraba el camino, mucho más cómodo, del Rio de la Plata.

Omitiré los incidentes de esta primera parte de mi viaje, en que me fue preciso atravesar una provincia empobrecida por las discordias civiles. Nos acostábamos al aire libre, y la lista de los días en que me dormí sin cenar es bastante larga para que pueda olvidar los días aun más escasos en que obteníamos de la hospitalidad de los habitantes un asado de carne seca al sol.

En San Borja, antigua Misión de los jesuitas, en la orilla izquierda del Uruguay, tuve la buena suer-

te de encontrar á M. Aimé Bonpland, el célebre botánico compañero de viaje de M. de Humboldt, que sobrevivió poco á su mejor amigo. Lo que del Paraguay había llegado á mi noticia, y lo que sabía relativamente á la reserva y estremada circunspección de que es preciso rodearse allí en las más triviales relaciones de la vida, me hacían desear vivamente los oportunos consejos del sabio compatriota que había tenido tiempo suficiente para conocer bien dicho país durante su larga prisión.

Siempre tendré grabada en mi memoria mi entrevista con el sabio modesto, con el afectuoso anciano cuyo huésped iba á ser por espacio de muchos meses, á causa de los sucesos políticos que ocurrían sin cesar en las provincias limítrofes: cedo, pues, sin poder resistirlo, al deseo de describir la entrevista á que me refiero.